

Historia de un regreso

Aquí el tiempo no cuenta, al menos como ahí, pero se puede decir que soy joven. Mi nombre no importa mucho ahora. Soy el menor de dos hermanos. Sentí mucho la muerte de mi madre, la única que realmente me comprendía y a la que no tenía que demostrarle nada para que me quisiera. Desde entonces, todo fue de mal en peor, quería demostrarle a mi padre mi valía, hice méritos ante él, pero no parecía darles el valor que yo les daba; los hice ante mi hermano mayor, que irremisiblemente los pasaba por alto y podía sentir su arrogancia y displicencia hacia mí; también ante los jornaleros, que me admiraban, pero no me apreciaban, pues, aunque trabajaba como ellos, no era uno de los suyos: era el hijo del patrón. Así que... ¡Ni con unos ni con otros!



Un día entendí que, a pesar de mis esfuerzos, toda la herencia pasaría a mi hermano mayor, según la ley mosaica de primogenitura, que impide que el patrimonio familiar se disperse. Entonces comprendí la actitud de mi familia hacia a mí; por lo que, despechado y furioso, me encaré a mi padre, le pedí la parte de hacienda que un día me correspondería en la herencia, fuera ésta la que fuere, y me fui de allí, dispuesto a empezar una nueva vida sin tener que demostrarle nada a nadie ni darle cuentas, a nadie, de mis actos. No me importaron sus lágrimas, era demasiado tarde para eso.

Por el camino, oí hablar de un joven rabí al que algunos llamaban Mesías, que tenía fama de erudito y hacedor de grandes prodigios. Recordé, entonces, aquellas profecías sobre el Mesías de Israel que todas las noches mi madre me contaba al acostarme; algunos decían que él las estaba cumpliendo todas. Yo me creía un joven lleno de virtudes, con un sinfín de méritos acumulados y, además, por qué negarlo, con bastante dinero en mi bolsa, por lo que decidí ir a conocerle y ofrecerle mis servicios como discípulo, ¿Qué dirían entonces mi padre y mi hermano, cuando me vieran al servicio de tan afamado e importante señor y con un alto cargo, bien remunerado, en la administración del nuevo reino que él prometía instaurar y que, según la gente que encontraba, estaba ya muy cerca?... ¡Les daría con ello en el rostro, por no haberme valorado! Ellos vendrían a suplicarme y yo no les haría caso.

Cuando me ofrecí al rabí, él se limitó a decir: *“Las zorras tienen madrigueras, pero el Hijo del hombre no tiene donde reclinar la cabeza”*. ¡Me quedé perplejo! ¿Qué insinuaba con aquello, que yo no era bastante bueno para él? Llorando de rabia me fui de allí. Él se lo perdía, no se lo propondría dos veces. Entonces, un encapuchado vestido de oscuro se acercó a mí y me susurró –casi me siseó, como una serpiente al oído: *“Has hecho bien, hijo mío, él se siente fuerte ahora y te desprecia, pero vendrán días en que su debilidad será manifiesta y el despreciado será él... ¡Vive la vida! Eres joven, inteligente, emprendedor y... ¿qué vemos aquí?, acaudalado también. Disfruta de la buena vida, sal con mujeres, pásatelo bien... ¿De qué te vale hacer méritos y que pases privaciones a su lado, si al final, pase lo que pase y hagas lo que hagas, vas a tener el mismo final que esa prostituta que allí ves o, incluso, el mismo final que él tendrá?... ¡Él lo sabe, por eso te desprecia!”* Entonces, enfurecido, agarré la primera piedra que encontré y, lleno de desprecio, se la arrojé a aquella pobre mujer, tratando supersticiosamente de alejar de mí un final así.

Hice caso a aquel extraño y durante meses viví una vida regalada, donde no escatimaba en gastos para demostrar a los importantes de aquel lugar mi magnanimidad y grandeza, tratando de codearme con los más grandes, pero, en poco tiempo, mi dinero se acabó y menos aún que mi dinero duró su falsa confianza y su interesada amistad. Me vi solo, sin nadie a quien recurrir. Decidí ponerme trabajar en lo

que fuera, para ganarme la vida, pero con mi fama nadie me daba empleo y acabé en la banda de un tal Barrabás, robando para poder comer. Al principio no me fue mal, pues, aunque era injusto repartiendo el botín, siempre me tocaba un buen pellizco en los robos y asaltos que organizábamos. Yo nunca maté a nadie, ¡que quede bien claro!, pero siempre había muertos por donde pasábamos.



Un día tuvimos una refriega con la cohorte de soldados enviada por el gobernador romano Poncio Pilato para poner fin a nuestras fechorías. Ellos acabaron con toda la banda menos con tres de nosotros, uno de ellos nuestro líder, para que sirviéramos de escarmiento a otros ladrones. Cargados de cadenas, fuimos conducidos a Jerusalén para pagar por nuestros crímenes con el único castigo posible: la cruz... ¡Más nos hubiera valido morir en la lucha! Al llegar a la ciudad, vimos tres postes clavados en la roca de suplicio llamada Gólgota, un lugar maldito, con cuévanos que le conferían aquel terrible aspecto de calavera del que le venía el nombre. Sentí pavor y desesperación: ¡Qué muerte tan horrible me esperaba!... ¿Dónde estaba, ahora, aquel mentiroso encapuchado que tan mal me aconsejó? ¡Por qué le haría yo caso! Seguro que aquella pobre prostituta tendría mejor muerte que yo.

Al volver la esquina de una calleja por donde penosamente avanzábamos, entre insultos y salvazos, arrastrando nuestras cadenas por el empedrado, llegamos a una plaza donde había un grupo de hombres de todas las edades, dispuestos en línea y con piedras en las manos para arrojarlas a alguien. Los soldados a cargo de nuestra comitiva rodearon la plaza sin querer darse cuenta del asunto. Del otro lado de la plaza estaba aquel rabí que me había rechazado, escribiendo en el suelo, como si tal cosa, ajeno a la desgracia de aquella mujer que yacía en medio, esperando a ser apedreada; levantó el rostro y la reconocí, era la prostituta a la que, meses antes, apedreeé. ¡Menudo final le esperaba! Me alegré de no acabar apedreado como ella, pero ¡qué más me daba, también yo tendría un mal final, como ella! No se equivocó el mentiroso. Entonces, el Rabí se levantó y dijo algo insólito: *“El que esté libre de pecado, que arroje la primera piedra”*. Incomprensiblemente, todos dejaron caer sus piedras al suelo y se fueron alejando, uno tras otro, por distintas callejas. Cuando se quedaron solos, la mujer y el rabí, él le dijo: *“Mujer, ¿nadie te ha condenado? Yo tampoco te condeno, vete en paz y no peques más”*... ¡La había perdonado y salvado de morir...! ¡Oh Dios! ¿Ese era el mal final que el mentiroso decía que yo también tendría? ¡Cómo lo tergiversó todo! Yo hubiera terminado perdonado y salvado como aquella mujer, en cambio ahora...

Aquella noche, en mi calabozo, no podía pensar en otra cosa... Alguien se puso a narrar una historia que le había escuchado contar a aquel rabí; le presté atención, pues parecía mi propia historia... *“Un joven pidió a su padre la herencia y se fue lejos, a vivir disipadamente. Cuando lo gastó todo, vino un hambre a la región y él acabó cuidando cerdos, qué deshonra para un judío, entonces se acordó de su padre y decidió volver con él. Y cuando su padre lo vio a lo lejos, salió corriendo a abrazarle y llenarle de regalos, y le dio una gran fiesta, porque lo había recobrado con vida”*... No, no era ésa mi historia, yo no había cuidado cerdos ni habla vuelto con mi padre... Lloré amargamente. ¿Qué sería de él? Si se enteraba de mi situación actual ¿se moriría del disgusto?, ¿se avergonzaría y renegaría de mí?, ¿me abrazaría y perdonaría?... ¡Necesitaba sentirme perdonado y abrazado!

Al día siguiente, salimos para la cruz mi compañero y yo; Barrabás había sido indultado, el muy canalla. En su lugar iban a crucificar a otro que habían apresado esa misma noche. No podía creerlo, ¡era el rabí! Al final, el mentiroso tendría razón, ambos tendríamos el mismo final y eso que traté de evitarlo. Pero yo merecía aquel castigo; en cambio, qué podía haber hecho él para merecerlo. Quise hablarle, pero era misión imposible en la fila de ajusticiados, entre gritos, escupitajos y golpes de la gente y los soldados, mientras nos arrastrábamos con el madero de castigo a cuestas... Una vez clavado en la cruz, todos se reían y burlaban de él, le insultaban y afrentaban, meneaban la cabeza, incluido mi compañero,

¿no tenía bastante con estar en la cruz por sus crímenes, para encima portarse así con aquel inocente? Entonces escuché decir: *“Padre, perdónales porque no saben lo que hacen”* y me sentí profundamente perdonado. ¡Cuánto había necesitado escuchar aquellas palabras! Y después: *“Madre, ahí tienes a tu hijo. Hijo, ahí tienes a tu madre”* y me sentí otra vez hijo, después de tanto tiempo.

¡Ya no pude más! Saqué fuerzas de mi flaqueza, me incorporé en la cruz e increpé a mi compañero para que se callara, entonces me dirigí al rabí y le dije con mi corazón en los labios: *“Señor, acuérdate de mi cuando estés en tu reino”*... Sabía que no merecía nada, pero lo esperaba todo de él. ¡Qué diferente me sentía, ahora, de aquella primera vez en que me dirigí a él!... ¿Me respondería lo mismo que entonces? Él me miró con ternura infinita y me dijo: *“Te lo prometo, hoy estarás conmigo en el paraíso”*. ¡Oh Dios, aquello era más de lo que podía esperar! Lloré de alegría y gratitud. Al final acabaría como aquella prostituta, como dijo el mentiroso, pero de qué manera tan distinta, perdonado y acogido



por el amor de un Rey, que era como el padre de aquella parábola que escuché en la prisión, pero que moría conmigo en una cruz para llevarme con él a su reino. Repentinamente, le oí decir: *“Todo está cumplido”* y, poco después: *“Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu”*. Y ya no dijo más.

En aquel momento, todo se oscureció y retembló, la gente se volvió loca de terror y también los soldados, que se apresuraron a lancear al rabí y a romper las rodillas de mi compañero y las mías. Yo estaba en paz; miré al rabí por última vez y después a mi nueva madre y cerrando los ojos, repetí sus últimas palabras: *“Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu”*. Después, un dolor agudo en las piernas, la asfixia en los pulmones, la parada del corazón y todo cesó. Ya no sentía dolor, todo lo contrario, me envolvía una densa paz y una enorme sensación de plenitud, como nunca antes había sentido. Lentamente, abrí los ojos y vi una figura luminosa a los pies de mi cruz que parecía esperar por mí. Todo lo demás había desaparecido. Bajé de mi cruz sin esfuerzo, sólo me bastó desearlo, y, una vez en el suelo, aquella luz manifestó sus rasgos: era él, el Rabí, luminoso y lleno de vida. Me tendió su mano horadada y la cogí con fuerza, mientras le decía: *“Gracias, Señor, cuando quieras”*. Y él, entonces, comenzó a cumplir su promesa.

Que ¿cuál es mi nombre?... Los suyos me llaman San Dimas y me apodan *“el buen ladrón”*, ironías de la vida.

Carbajal de la Legua, a 22 de Septiembre de 2008

P. JUAN JOSÉ CEPEDANO FLÓREZ, CMM

LAS FOTOGRAFÍAS DE ESTE ESCRITO ESTÁS REALIZADAS POR FERNANDO SANTOS BARRUECO